

ARTESANIAS NATIVAS

Por LUIS DUQUE GOMEZ

A la llegada de los españoles a las tierras de la actual Colombia, florecían en las distintas partes del territorio diferentes formas de artesanía entre los grupos indígenas. Bien conocidos son los productos de orfebrería prehispánica, que alcanzaron gran primor y técnicas muy avanzadas en la región denominada Quimbaya, en los actuales Departamentos de Antioquia y Caldas. El repujado, el martillado en frío y en caliente, el vaciado a la cera perdida, la falsa filigrana, el dorado, el alambrado, la engarzada y otras técnicas produjeron admirables motivos zoomorfos y antropomorfos de gran sentido estético. La extraordinaria colección del Museo del Oro del Banco de la República, que asombra a los visitantes nacionales y extranjeros, constituye un testimonio evidente de lo mucho que lograron los pueblos indígenas del Occidente colombiano en materia artística y en técnicas metalúrgicas. Su influencia rebasó las fronteras políticas actuales para llegar a extensas comarcas de Panamá y otras zonas centroamericanas, hacia el Norte y Ecuador, y quizás norte del Perú, hacia el Sur.

Otra de las artesanías que florecían a la llegada de los conquistadores, era la cerámica. Los alfareros indígenas de Antioquia, Caldas, Córdoba, Boyacá, Cundinamarca, Cauca y Nariño, llevaban sus productos hacia los territorios vecinos y confeccionaban cerámicas de variados motivos y de magnífica factura. La técnica de la pintura negativa, la pintura policroma, el punteado, la decoración excisa, el modelado, etc., hicieron de la cerámica de estos pueblos una de las más expresivas de la América prehispánica. Las vasijas ceremoniales de los contrafuertes de la Sierra Nevada de Santa Marta; los vasos efigies del Alto Sinú; los gazofilacios y los cántaros policromos de los Quimbayas; las representaciones de dignatarios civiles y religiosos de los Chib-

chas; las urnas funerarias del río Magdalena, desde Honda hasta Tamalameque y Barranquilla; en fin, las extraordinarias figurillas antropomorfas de Tumaco, son algunas de las admirables muestras de nuestros ceramistas prehispánicos, cuyas obras lucen hoy en museos nacionales y extranjeros y, especialmente, en los museos especializados en cerámica Quimbaya, como son los de Manizales y Medellín. En 1960, con motivo de la celebración del sesquicentenario de la Independencia Nacional, el Instituto Colombiano de Antropología, para asociarse a la magna efemérides, inauguró una sala de exposición, en la cual se exhiben piezas de cerámica de excelente calidad, procedentes del área Quimbaya y de la zona de Tumaco.

La industria de los tejidos estaba en pleno desarrollo entre Chibchas y Quimbayas en el siglo XVI, cuando se efectuó la conquista de estos territorios. La abundancia de pesas para husos en las sepulturas excavadas en el Quindío y otras regiones de Caldas, comprueba este aserto. Los cronistas aluden frecuentemente al incremento de la industria textil entre los moradores de los altiplanos orientales. Los hallazgos arqueológicos de los Santos (Santander del Sur), de Chiscas, en los contrafuertes del Cocuy (Boyacá), de las cuevas exploradas en Paz del Río, en Ubaté y otros sitios de la región oriental, constituyen evidencia de esta industria, que producía las mantas en grandes cantidades, decoradas con motivos ornamentales pintados y entretejidos.

Las mantas constituían uno de los productos básicos del intercambio comercial que sostenían los pueblos chibchas de Cundinamarca y Boyacá con las tribus de otras regiones de Colombia.

Las condiciones climáticas no han favorecido en los yacimientos arqueológicos de Antioquia y Caldas la conservación de restos de la industria de los hilados de los grupos prehispánicos, la cual debió estar muy adelantada, como se colige por los numerosos implementos que —como hemos dicho— se han encontrado en las sepulturas excavadas en el Quindío y otras zonas, y que dan idea de que la industria del tejido debió ser muy popular entre las poblaciones indígenas de aquellas zonas.

El Profesor Justus W. Shottelius, en excavaciones que realizara en 1941 en las cuevas de la población de Los Santos (Santander), una región bastante seca, encontró un vasto cementerio en el que los cadáveres momificados y bien envueltos en mantas, habían sido colocados sobre el piso de las cavernas, uno

encima de otro. Los paños que los cubrían eran mantas con motivos ornamentales pintados y entretejidos, varios de los cuales se exhiben hoy en el Salón Chibcha del Museo Arqueológico Nacional.

Hacia los Llanos Orientales y otras zonas marginales, la espartería y la cestería reemplazaron la cerámica entre pueblos recolectores y cazadores que frecuentemente se desplazaron a lo largo de los ríos en la búsqueda de los productos básicos para su subsistencia.

Entrada la Colonia, algunas de estas formas artesanales se extinguieron por completo y otras llegaron a persistir y se conservan aún hasta nuestros días. La codicia de los nuevos amos por los productos de la orfebrería indígena desalentó a los nativos y el trabajo en sus talleres desapareció desde los primeros años. A los españoles no les interesó más el pectoral antropomorfo, ni las narigueras, ni las cuentas de collar, ni los zarcillos, etc., sino que sólo quisieron que el indio les indicara las fuentes de extracción de oro para continuar su explotación y enviar a España el oro físico.

Las mantas fueron la mercancía con que las agrupaciones indígenas de Cundinamarca y Boyacá cumplieron sus compromisos económicos con los nuevos amos. En mantas se tasó el tributo anual de los sojuzgados y esta industria logró sobrevivir en el Oriente colombiano hasta hace muy pocos años, cuando la industria textil moderna de Antioquia y Cundinamarca se constituyó en una competencia ruinosa para aquellos que habían dado fama a los "tejidos reinosos".

La alfarería siguió siendo un factor importante en el menaje de las casas familiares, aunque las formas decorativas, la recreación estética en sus productos, se dejaron a un lado para convertirlos en objetos puramente utilitarios. En Cundinamarca y Boyacá se mejoraron las técnicas con la introducción de nuevos recursos traídos por los españoles, como el vidriado. Pero, con excepción de la alfarería de Ráquira, restos de la vieja industria ceramista de los "pueblos de los olleros" que moraban en torno a la laguna de Fúquene, en el momento en que los españoles descubrieron estas tierras, la desarrollada cerámica que se manifiesta en los yacimientos arqueológicos y cuyas muestras se exhiben hoy en los museos, desapareció casi por completo para quedar reducida a manifestaciones de menguada inspiración artística.

La sobrevivencia de grupos indígenas en las intendencias y comisarías y el aislamiento en que han estado a lo largo de toda la historia del país, explica la conservación allí de la espartería y la cestería, lo mismo que los productos de las telas de corteza y de plumería, de gran colorido e interés para el estudio de las formas etnográficas de aquellas tribus.

No obstante este desolado paisaje de las artesanías tradicionales en Colombia, en cada pueblo de nuestros Departamentos existen, sin embargo, tímidas y aisladas manifestaciones de lo que en los tiempos prehispánicos fueran verdaderas industrias populares y de aquellas pocas introducidas por los españoles. Tales muestras superviven a pesar de la incuria que hemos tenido los colombianos para estimularlas. Por esta razón, los extranjeros que nos visitan tienen grandes dificultades para encontrar en nuestras ciudades alguna muestra auténtica de artesanía popular para llevar como un recuerdo de su viaje por estas tierras. En otros países de América, por el contrario, constituye ésta una importante fuente del turismo nacional e internacional, lo que ha sido posible gracias a una acción decidida de los gobiernos para estimular y tecnificar, sin desvirtuar su carácter vernáculo, aquellas expresiones típicas que con gran colorido lucen en los mercados regionales y que son una significativa entrada de divisas para tales países.

En México, por ejemplo, la acción oficial ha estado dedicada desde hace varias décadas, a prestar atención a las industrias populares, las cuales han alcanzado así, gran renombre internacional, aliviando las condiciones económicas y la educación estética de sus artífices y constituyendo una acentuada nota del carácter nacional. Hasta el siglo XIX el gusto por lo europeo fue notorio, pero de ese entonces para acá, las gentes, inteligentemente conducidas, empezaron a ver en los productos de artesanía una manifestación, no por lo ingenua, menos significativa del sentimiento artístico de las masas populares.

El último paso dado por el país azteca fue la fundación del Museo Nacional de Artes e Industrias Populares de México, en el que se exhiben los judas colosales, las piñatas, las mulitas de corpus, la pintura de pulquerías y otras muestras artesanales del Valle de México. Los rebozos de Tenancingo, los sarapes de lana y bordados, de los otomíes; la cerámica de Metepec, los petates de Lerma, las canastas de Santa Ana, en el Valle de To-

luca. La cerámica Talavera de Puebla, de Tlaxcala y Huaquechula, los bastones tallados de Apizaco y las espuelas de acero pavonado de Amozoc, los productos de vidrio soplado, los camotes decorados, las sillas de montar, los juguetes de palma tejida, en los valles de Puebla y de Tlaxcala. Y los insuperables productos de Oaxaca, otro gran centro del arte popular con acusado acento indígena con las vasijas de barro negro bruñido de Coyotepec, el vidriado verde de Atzompa, la loza policroma "escurrida" de la ciudad de Oaxaca, los juguetes e incensarios de Ocotlán y los juguetes de añonuevo de Tehuantepec.

Ojalá algún día Colombia imitara el ejemplo de México, apoyando los empeños de la Sección de Folclor del Instituto Colombiano de Antropología, que en 1960 inauguró un pequeño museo de artesanía en la Casa de la Cultura del Socorro, como iniciación de una campaña que debe hacerse en escala nacional.